

OTROS HORIZONTES

por Joaquín Gracia Ruiz

Los dos camaradas se encontraban apaciblemente aletargados bajo la sombra de un hermoso tilo. Las grandes hojas, mecidas suavemente por la escasa brisa, arrullaban su ensueño, que se había apoderado de ellos en esas horas cálidas. Sus miradas se perdían en el horizonte, a veces, tan funesto.

-Tiene que haber otra cosa -dijo uno de ellos despertando en la tórrida tarde.

-¿Sí? -respondió el otro desde la somnolencia de la siesta.

-Esto no puede ser lo único que exista.

-Es posible -contestó todavía adormilado su cercano contertulio.

-Estoy harto. ¿Sabes? Algunos dicen que hay otros horizontes.

-No es cierto, lo hemos comprobado durante meses. Allá donde hemos ido, ellos seguían ahí. De una forma u otra terminan llegando. No hay posibilidad de escape. Estoy cansado.

-¿Cansado de qué?

-De esta búsqueda sin sentido. Hay que resignarse.

-No pienso hacerlo. No quiero hacerlo. No puedo hacerlo: me moriría. Si tú no me acompañas, iré solo.

-¿Adónde?

-No lo sé. Pero estoy harto de ver cómo todos mueren. Desde los más pequeños arrollados por la furia invisible de los monstruos, hasta los más grandes atraídos por la luz siniestra de sus fríos ojos.

-Tú, siempre tan poético, tan tenebrosamente poético. Me das escalofríos.

-Desde que llegaron esas criaturas no hemos sido libres. Nos han dejado creer que lo éramos pero no es cierto. En cualquier momento, la caza tiene lugar. Ya no hay horizontes. Todos ellos están rotos.

El silencio recogió las ominosas palabras. Se miraron a los oscuros ojos y una mezcla de tristeza y determinación cruzó el aire.

-Adiós. Si encuentro lo que busco, vendré a contártelo.

El otro no respondió, sabía que algún día ocurriría. Era cuestión de tiempo. Aunque habían viajado mucho tiempo juntos, sus fuerzas no eran las mismas. En su amigo, habitaba un fuego imperecedero. La llama inmortal de los héroes brillaba en su corazón. Él se había

calentado largamente en esa hoguera pero ya no podía hacerlo más so pena de consumirse en ella. Él no era igual. Era un hijo de la tierra, de tardes tranquilas a la orilla de un riachuelo, de graves conversaciones a la luz de las estrellas, de sueños de familia feliz... No como él.

Su amigo le dirigió una última palabra de despedida.

-Volveré.

-Seguro -afirmó su compañero.

En un instante, el sol bañaba su cuerpo con la agresiva ofrenda del estío. Poco después alcanzaba la carretera.

Cerró sus párpados no queriendo ver el origen, el símbolo de todas sus desgracias, donde tantos de sus hermanos habían muerto y extendió sus alas, dejándose llevar por las corrientes de aire cálido. Así, remontó el vuelo, en busca de horizontes donde el hombre no hubiera puesto su mano, donde un pájaro pudiera sentirse libre.